

un teletipo, aviones para desplazarse y un aerodinámico automóvil en vez del consabido coche de caballos! Dada la riqueza de carácter y acción del personaje, se comprende que el autor —que comenzó este libro como un prólogo— se haya ido extendiendo hasta las 180 páginas. Con lo que el tema no queda agotado ni muchos menos: el mismo don Emilio Rodríguez Mendoza pudiera entregarnos más adelante un tomo segundo sobre ese “poeta de buen humor y sin melenas, capitán de gorra blanca y banda roja, parlamentario volteador de ministerios, periodista que escribía como hablaba y hablaba como escribía, diplomático con casaca de embajador de los buenos tiempos...”, que era Irarrázaval Zañartu, pero que es también Rodríguez Mendoza.—J. M.



“GUARO Y CHAMPAÑA”. *Hugo Lindo*. Depto. Editorial del Ministerio de Educación, El Salvador. C. A.

Se conocen en Chile los cuentos salvadoreños casi exclusivamente a través de los *Cuentos de Barro* de Salarrué editados, por Nascimento hace cosa de quince años. Mas he aquí que ahora nos llegan estos once magníficos relatos de la vida centroamericana, publicados por primera vez en 1947 y reeditados en 1955 por el Ministerio de Educación de El Salvador, en una sobria y elegante edición digna de las mejores casas impresoras del continente. Como el nombre lo sugiere, Lindo traza en ellos un contrapunto entre “guaro” (que es el aguardiente salvadoreño, una especie de ron barato hecho de la caña del azúcar) y “champaña”; esto es un contraste entre los sucesos de la vida del bajo pueblo, principalmente del agro rústico y sufrido, y los de las clases altas en que se mueven intelectuales y finqueros. En estas mismas páginas hemos comentado en previas ocasiones las aptitudes poéticas del autor de *Sinfonía del Límite* y del *Libro de las Horas*; no vamos, pues, a volver sobre lo ya dicho, repitiendo que por su don de imágenes y síntesis y por su maravillosa

aptitud de introspección y de ímpetu metafísico, el Dr. Lindo ocupa un lugar señalado entre los mejores poetas centroamericanos. Limitemonos a destacar el dramatismo y la tensión profunda y sostenida de sus cuadros de dolor humano que animan estos relatos. Hay "pathos" de auténtica categoría en los nudos afectivos y sociales que Lindo plantea ante el lector; pero hay siempre, también, un fino rasgo de humorismo que ayuda a aliviar las tensiones y a provocar la *catharsis* como en los grandes maestros del cuento. Hugo Lindo, hombre de universidades y de cancillerías, muestra en este libro que conoce profundamente también a su tierra y al barro humano que con ella ha sido modelado. El campo salvadoreño que tantas veces recorrimos, las fincas cafetaleras, los barrios perdidos de los puertos de la costa del Pacífico, los conventillos del arrabal de las ciudades, todo esto cobra nueva vida ante nuestros ojos mientras leemos el breve tomo que motiva estas líneas. Con dos o tres pinceladas Lindo nos define un paisaje; con cuatro palabras esculpe un carácter: "Enterraron al viejo Pedro Ushpa en silencio. Sobre la tierra echaron unas cuantas flores marchitas. Luego se persignaron. Y los cuatro regresaron pasito, sin hablar casi, al rancho. Llegaron a eso de las cinco de la tarde. Aún estaba la Petronila en el mismo rincón, el más oscuro, gimoteando con unos hipos breves, que apenas si le cabían en el pañuelito colorado. La Juana María y la Petra se habían dormido en el catre, juntitas, de tanto llorar. —No llores, Tonáa... masculló Juan Antonio, sin convicción. La india levantó la cabeza, se le quedó viendo un instante con los ojillos enrojecidos, y tornó a su postura..." La escena está compuesta, la atmósfera perfectamente delineada, los caracteres admirablemente trazados. Este es el estilo en que está escrito este tomo de relatos, dignos hermanos de los que han dado fama a la literatura del Istmo: los de Samayoa Chinchilla, de Arévalo Martínez, de Miguel Angel Asturias, de José Batres Montúfar, de Flavio Herrera, Carlos Wyld Ospina, de Juan Felipe Toruño, Carlos Salazar Herrera y otros.—/ M.

